

Política e Iglesia hoy



Luis Ugalde, S.J.

"Vivimos un momento dramático y una verdadera encrucijada para Venezuela" (Exhortación Episcopal N° 12).

Cuando ante un bosque de brazos alzados desempleados el Presidente recomienda que siembren conucos y críen pollos en sus precarias viviendas urbanas, la "revolución" está muerta y hay que sincerar las cosas. El país tiene que encontrarse consigo mismo para ver cómo salimos de la actual entrapada situación. En esta tarea de sinceración el principal actor ha de ser el mismo Presidente.

Cuando los gobiernos fracasan en muchos países democráticos ellos mismos toman iniciativas para encontrar salidas. Con frecuencia al perder la mayoría parlamentaria o la capacidad de gobernar, ellos convocan a elecciones adelantadas y a un nuevo gobierno. Se procede con normalidad y no se expone al país a la tortura ni a aventuras militaristas. Así debería ser en esta Venezuela que sigue empobreciéndose y que, a pesar del petróleo a más de 20\$, sufrirá en este año una fuerte disminución del PIB, se deteriorará fuertemente el poder adquisitivo salarial y el desempleo rebasará el 20%.

Por desgracia entre nosotros no ha calado la cultura de la renuncia que, ante el fracaso y el escándalo, da paso democrático a las soluciones. Parece más de machos resistir hasta que el daño y el maltrato a la población sea más completo. Así, lo que debería ser una discusión política razonable se ha

convertido en clima de conspiración, de pregolpe o de guerra civil. Todo por amor a la Patria.

Hace unos años teníamos un sistema que, a la probable frustración en el cuarto año presidencial, se respondía institucionalmente con las elecciones, pues al quinto año cesaba el gobierno. Pero el actual régimen soñó con una presidencia de Chávez de por lo menos 22 años ininterrumpidos (1999 a 2021), cuando ya la Revolución sería irreversible. Para ello se descontaron dos años iniciales, se alargó el período presidencial a 6 y se legitimó la inmediata reelección. Con ello, los opositores, que ya llegan al 70% de la población, sienten bloqueados los caminos y legitimados para buscar vías extraordinarias de rebelión.

Si la pobreza crece tan alarmantemente, si la economía está paralizada y decreciendo, si el sector público presenta una ruina e ineficacia tan evidente, si la corrupción anda con el moño suelto, si el desorden administrativo y el extravío de billones de bolívares del FIEM son un hecho y si los Poderes Públicos parecen más cómplices del Ejecutivo que defensores del ciudadano... y si la población se siente amenazada con llevarnos al paraíso de la felicidad revolucionaria, tenemos servido un cuadro político tan desesperante para el gobierno como para la oposición. Sobre todo muy funesto para el país.

Esto ha llevado al gobierno a no pensar en ninguna "revolución" sino en

la sobrevivencia. Pero el tiempo no juega a su favor, pues el deterioro y la impopularidad irán creciendo a medida que se precipita el desorden y el empobrecimiento. No es posible una especie de NEP (Nueva Política Económica) con la que el Gobierno Soviético en 1921 temporalmente, abrió las puertas a una economía capitalista para salir de la espantosa miseria y crisis económica, fruto de la guerra civil y del cambio de sistema. Produjo sus frutos y luego vino propiamente la economía estatal de los planes quinquenales estalinistas. Tampoco esto es China donde se camina aceleradamente hacia una economía capitalista con férreo control político del partido único comunista en un inmenso continente. Tampoco somos Cuba, pues no es lo mismo cerrar la sociedad que no abrirla: El gobierno cubano cerró hace más de cuarenta años con partido único y economía estatal y Venezuela está abierta y no quiere ir hacia allá.

Todo esto hace un cuadro especial que ciertamente puede enloquecer al frustrado gobierno, llevar a la desesperación a la oposición y terminar en aventuras sangrientas. Al mismo tiempo, el país entero vive una emergencia que requiere reflexión, diálogo y negociación en busca de una salida sensata que cambie la actual dinámica destructiva.

Reconciliación y Diálogo para cambiar

La Iglesia, como toda la sociedad, vive momentos de perplejidad y de tentaciones políticas, pues la desesperación es mala consejera. Sin embargo, creemos que luego de un par de meses de silencio, la Jerarquía ha producido el 9 de julio un documento que puede ser de gran trascendencia si logra ella misma tomarlo en serio, convertirlo en guía de trabajo y movilizar a todas las instancias eclesiales. En resumen, los obispos proponen una **Reconciliación y diálogo para ser capaces de cambiar civilizadamente** (Exhortación colectiva titulada **Al Servicio de la Reconciliación**. Ver sección de documentos de este número de SIC).

Recogemos a continuación lo que consideramos más resaltante de este documento:

Los obispos ven hoy *"un cuadro nacional de extrema gravedad"* que *"exige de todos los venezolanos un esfuerzo excepcional para evitar un enfrentamiento mayor o el surgimiento de una situación de ingobernabilidad"* (n.7).

Llegan a esta conclusión, después de señalar sin rodeos que estamos ante:

- **"Una sociedad polarizada con extremos que se excluyen mutuamente de manera más intolerante y violenta"**. La mayoría quiere cambios, pero en paz y civilizadamente (n.4).

La Iglesia, como toda la sociedad, vive momentos de perplejidad y de tentaciones políticas, pues la desesperación es mala consejera. Sin embargo, creemos que luego de un par de meses de silencio, la Jerarquía ha producido el 9 de julio un documento que puede ser de gran trascendencia si logra ella misma tomarlo en serio, convertirlo en guía de trabajo y movilizar a todas las instancias eclesiales

- Un país que *"continúa empobreciéndose, con las inversiones paralizadas, dramáticos niveles de desempleo, crecimiento de la economía informal y deterioro progresivo del poder adquisitivo de la población"* (n.4).

- **Poderes públicos con credibilidad disminuida**, entre otras cosas por falta de diligencia en la investigación de los hechos del 11 al 14 de abril (n.5).

- **La Fuerza Armada fracturada** (n.5).

- **Los servicios públicos deteriorándose y la corrupción impune** (n.5).

- **Un sistema educativo que no levanta cabeza.** Está amenazada la apertura de las instituciones católicas que, en Convenio con el Ministerio de Educación, venían dando *"educación de calidad a los más desfavorecidos en el mundo indígena, en sectores rurales y en los barrios populares de nuestras ciudades"*. Si el Gobierno no cumple con sus obligaciones de financiamiento cientos de miles de padres y niños perderán su acceso a esta buena educación popular (n.6).

Los obispos intuyen que en estas condiciones el país no está en capacidad de construir ninguna "revolución" que traiga vida más digna. Perdimos el rumbo y la capacidad de juntos, como país, hacer un esfuerzo *"para construir una sociedad más justa, fraterna y solidaria"*.

Ante esta situación, los obispos no dicen -afortunadamente- que hay que salir de este y poner al otro. Esta no es su discusión. El papel del Episcopado está en otro plano, expresado con una palabra clave: **RECONCILIACIÓN**. *"Es urgente encontrar el camino de la reconciliación; para construir juntos"* (n.7). Están hablando de una **reconciliación realista y efectiva**:

- Sin suprimir las **legítimas diferencias**, sino procesándolas *"de manera civilizada y democrática"* (n.8).

- Con **diálogo** basado en hechos *"con agenda, objetivos, métodos y plazos bien definidos"* (n.8).

- **Uniendo esfuerzos para superar la pobreza**, recuperar la estabilidad democrática y mejorar la educación (n.8).

Hasta ahora la falta de sinceridad y de hechos concretos, ha terminado desprestigiando las iniciativas de diá-

logo. Una prueba crítica está en que no avanzan ni la Comisión de la Verdad, ni la sanción a los pistoleros, ni el desarme de la población, ni la reconciliación de la Fuerza Armada, ni la recuperación de la confianza y renovación en los Poderes Públicos. Son tareas urgentes y obvias que pasan por una conversión interior que reconoce a los adversarios, que destierra el odio y que mantiene el rechazo radical de la violencia como camino. En este terreno es donde los obispos quieren reforzar su papel, *"asumimos el compromiso de continuar trabajando esforzadamente por la paz y reconciliación"* y ofrecen su aporte para el encuentro y el entendimiento de todos los sectores de la vida nacional. Así lo piden también a los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos (n.10).

Los venezolanos entienden que este es el papel de los obispos y que en esta hora dramática son ideas que deben salir del documento, caminar y tomar carne y hueso en iniciativas concretas en parroquias, diócesis, centros educativos, medios de comunicación social, empresas, partidos. También a la Iglesia se le piden hechos que sean más coherentes con sus palabras.

No más diálogos bobalicones sobre generalidades sin agenda, pero tampoco prédicas que demonicen y excluyan a quienes creemos equivocados.

Más allá de los discursos, las denuncias, las marchas, los rumores y las angustias (todo ello santo y bueno hasta cierto grado), necesitamos iniciativas de construcción concretas, modestas, tangibles y **negociadas** entre factores opuestos.

El documento episcopal tiene un alto valor y puede contribuir a cambiar las cosas con sólo tomar en serio la frase *"Exhortamos a los Medios de Comunicación Social a que pongan sus líneas editoriales y su labor informativa al servicio de la búsqueda de acuerdos y salidas constructivas y negociadas"* (n.11). Así como la afirmación de que el *"primer responsable del diálogo es el propio gobierno, el cual debe demostrar con sus obras esa disposición y actuar de manera imparcial"* (n.8) o cuando se invita a todos los venezolanos *"a desterrar el odio, a rechazar cualquier solución violenta"* (n.8).

Nos parece que el documento pone ciertos absolutos, ciertos principios cristianos y humanos no negociables, que deben ser comunes y defender a todos, y por tanto, no se pueden usar para beneficiar a los amigos y golpear a los enemigos. Luego, dentro de ese marco, vienen las diferencias, las discusiones, las diversas propuestas, la lucha política.

En esta hora pasarán a la historia sólo aquellos líderes viejos y nuevos que acierten a defender de manera absoluta e insobornable unos cuantos principios (como los señalados), con una clara visión de país, voluntad de incluir a todos en el bien común, y combinarlos con una crudeza y hasta dureza, en la concreción, negociación y discusión. De ahí la afirmación, casi el reclamo episcopal: *"Necesitamos líderes que estimulen a la población a actuar con serenidad y visión de futuro. Debe prevalecer la racionalidad, que supere la agresividad y el odio que nos destruyen. Por encima de todo necesitamos la bondad, esa bondad del corazón de Dios hace crecer en las personas de buena voluntad y en quienes se hacen hermanos, incluso del adversario"* (n.12).

Ese es también el liderazgo espiritual que toda Venezuela espera y celebra de sus obispos, sacerdotes, comunidades cristianas. Es el momento de mostrar de parte de la Iglesia un perfil claro, y definido, sin dejarse arrastrar por la desesperación ni la exclusión y de practicar la orientación agustiniana de *in necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas*, unidad en lo necesario, libertad en lo discutible y caridad en todo.

Un Cura en la Asamblea

Cuatro días antes en la Asamblea Nacional, con motivo de la celebración del aniversario de la Independencia nacional, el P. José Virtuoso, S.J., pronunciaba el discurso de orden que, de manera lúcida, ponía de relieve aquello que puede destruir la República en esta hora o salvarla. No fue invitado por ser sacerdote, sino por su actitud independiente y seriamente comprometida en el trabajo de organización popular. El habló desde su identidad personal, sacerdotal, desde su experiencia social y su formación de politólogo e historiador.

